



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. V - Nº 53 Septiembre de 2022

*Espada de la Palabra,
escudo de la Fe*

Calma y vigilancia

Uno de los más bellos ejemplos en la naturaleza de la mezcla de vigilancia, astucia y calma, lo encontramos en el jaguar y en su miniatura, el gato.

El jaguar que prepara el salto no es un animal nervioso. Al contrario, una de las bellezas de ese felino está en conservar una verdadera calma en las situaciones más difíciles. La coexistencia de la calma con la vigilancia, ese modo del leopardo cuando retrocede con toda su capacidad agresiva y da el ataque furioso, reuniendo dos extremos opuestos, es una verdadera maravilla.

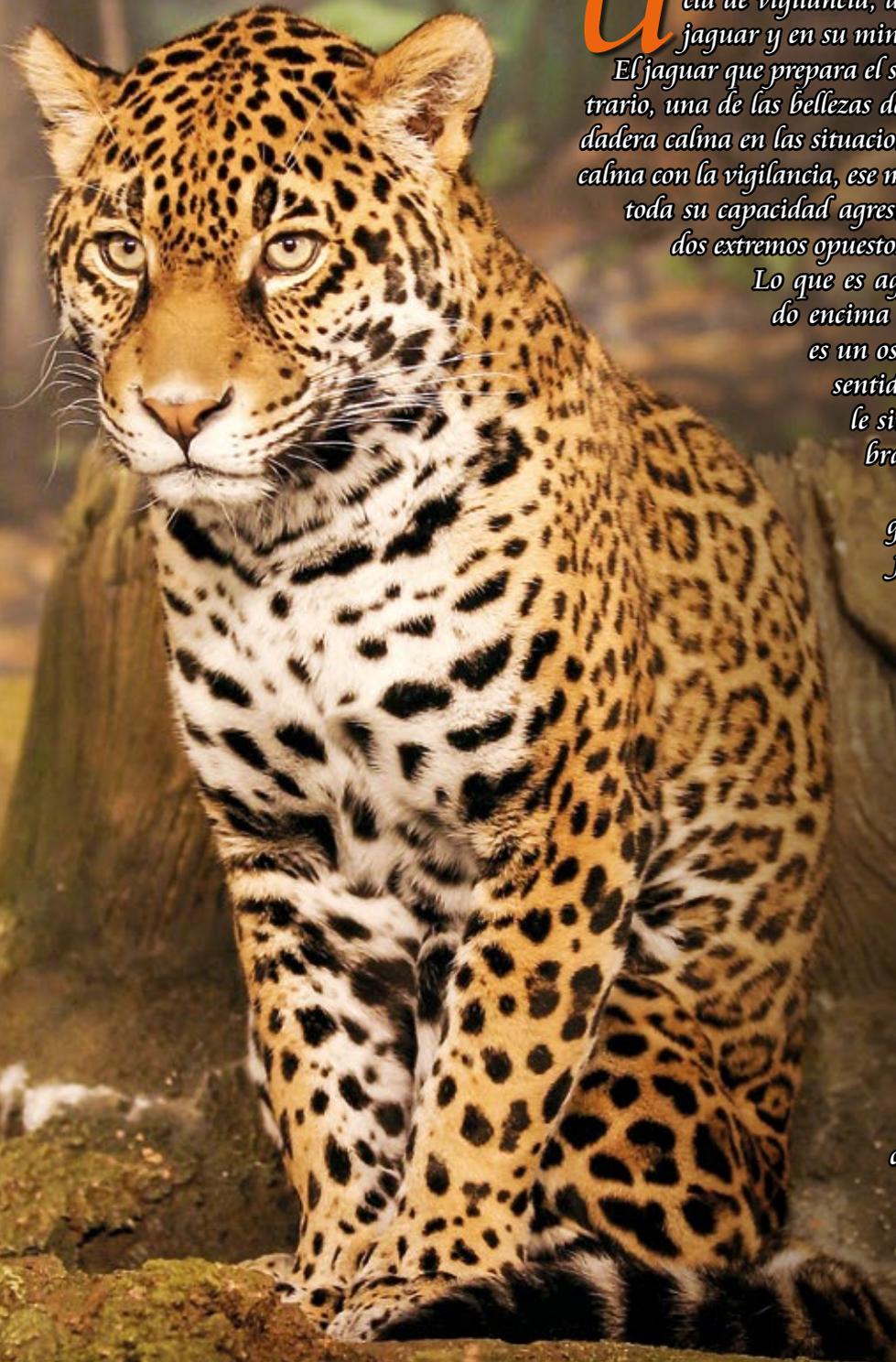
Lo que es agradable de ver en el gato caminando encima del muro es su calma calculada. No es un oso perezoso cretino. Está con todos sus sentidos atentos, hasta la cola levantada le sirve de radar. Él entero se está equilibrando, pero en la calma.

En las situaciones más difíciles el gato tiene el dominio perfecto de la flexibilidad de su musculatura, se tira midiendo bien el lance; atento, pero calmado. Nervioso, nunca. Con modo amable, pero sintiéndose amenazado, lanza un arañazo. Después encoje las uñas y muestra aquella patita redondita.

Así debe ser el católico militante en la hora del peligro: nada de correr en la hora como tonto. Susto, nunca; previsión, siempre. Uñas capaces de salir del compartimiento en cualquier momento, salto para cualquier lado, incluso viendo y, sobre todo, en la oscuridad.

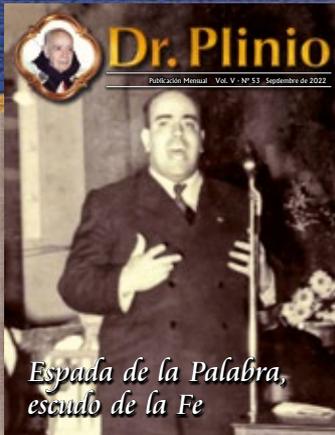
Por lo tanto, mucha desconfianza en relación al demonio, recurrir mucho a la oración, nada de nerviosismo, calma entera, porque Nuestra Señora nos protegerá.

(Extraído de conferencia del 22/06/1974)



Sumario

Vol. V - No. 53 Septiembre de 2022



En la portada, el Dr. Plinio haciendo un discurso en Pindamonhangaba, en mayo de 1943.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Odiad el error; amad a los que yerran*

PIEDAD PLINIANA

5 *Oración para vencer el espíritu naturalista*

DOÑA LUCILIA

6 *Afecto, mansedumbre generosa y firmeza inquebrantable*

LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO

9 *Edad Media:
El Derecho consuetudinario*

GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

16 *La Revolución tendencial se difunde como el lodo - I*

REFLEXIONES TEOLÓGICAS

20 *El verdadero honor y nuestra relación con el mundo angélico*

SANTORAL

26 *Santos de Septiembre*

HAGIOGRAFÍA

28 *Escudo de la Iglesia y gladio contra los demonios*

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

32 *Luis XIV y la respetabilidad*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *Luz que brilla en las tinieblas*



Odiad el error, amad a los que yerran

Se dice comúnmente que “debemos odiar el error y amar a los que yerran” ¿Quién se atrevería a negar el sublime principio que esta frase afirma? ¿De qué se alimentó el celo de todos los apóstoles que, desde los orígenes de la Iglesia hasta hoy en día, sin interrupción, combatieron el error buscando salvar de sus garras a los que yerran? Precisamente de un odio al error y de un amor al pecador. Si se disminuye en el espíritu del apóstol este odio o este amor, dejará de ser un apóstol auténtico.

Sin embargo, esta frase necesita ser bien entendida. Debemos ciertamente amar a los que yerran, y esto inclusive cuando en el paroxismo de su odio a la verdad, provoque los mayores perjuicios y nos inflijan las más tremendas afrentas. Pero, ¿cómo debemos amarlos? En otras palabras ¿en qué debe consistir concretamente ese amor? ¿En qué sentimientos, en qué acciones debe traducirse?

La pregunta no es inútil. Dios, que es infinitamente sabio, no juzgó suficiente recomendarnos que lo amáramos sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Él; al contrario, juzgó necesario promulgar diez mandamientos en que ese precepto del amor fuese bien definido, perfectamente explícito, y las obligaciones que de ahí emanan concretamente claras. Y además la Santa Iglesia juzgó necesario agregar cinco mandamientos a los diez que Dios había promulgado en los primeros tiempos. Todo esto sólo para que el cumplimiento del precepto del amor no quedara a merced de los caprichos del sentimentalismo, sino que se efectuara conforme a la voluntad de Dios.

¡Ay de los que no aman a los pecadores y a los herejes! Ellos mismos son herejes y pecadores. Pero, ¿cómo debemos amarlos? Cuando se está combatiendo el error ¿será legítimo atacar encarnizadamente las personas que lo sustentan?

En efecto, las ideas no se sustentan ni se difunden por sí solas. Son como las flechas y proyectiles que no herirían a nadie si no hubiera quien los disparase con el arco y el fusil. Al arquero y al fusilero se deben dirigir, pues, en primer lugar, los tiros de quien desee herir su mortal puntería, y cualquier otro modo de guerrear podría ser muy conforme a los principios liberales, pero sería sin sentido.

Los autores o propagandistas de doctrinas heréticas son soldados con armas envenenadas: el libro, el periódico, la arenga pública, la influencia personal. No basta, pues, retroceder para evitar el disparo; lo que debe hacerse en primer lugar, por ser más eficaz, es neutralizar al agresor. Así, es conveniente desautorizar y desacreditar su libro, periódico o discurso y, en algunos casos, su persona, por ser esta el elemento principal del combate.

En ciertos casos sería legítimo publicar sus infamias, ridiculizar sus costumbres. Sólo es necesario que la mentira no sea puesta al servicio de la justicia, ya que nadie tiene derecho de distanciarse de la verdad, por pequeña que sea esta distancia.

El hábito de los Santos Padres prueba esta tesis. Inclusive los títulos de sus obras dicen claramente que, al combatir las herejías, buscaban hacer blanco primero contra los heresiarcas: *Contra Fortunato Maniqueu*, *Contra Adamantox*, *Contra Félix*, *Contra Secundino*, *Quién fue Petiliano*, *De los hechos de Pelagio*, *Quién fue Juliano*, etc. De manera que casi toda la polémica del gran Agustín fue personal, agresiva, biográfica, por así decir, tanto cuanto doctrinaria; cuerpo a cuerpo con el hereje, tanto cuanto contra la herejía. Y lo mismo podríamos decir de todos los Santos Padres.

¿De dónde sacaron, pues, los liberales, la extraña novedad de que al combatir los errores se debe prescindir de las personas, y hasta alabarlas y agasajarlas? Atengámonos a lo que enseña la tradición cristiana sobre estos combates y defendamos la fe como siempre fue defendida en la Iglesia de Dios. Hiera, entonces, la “espada” del polemista católico, y vaya directo al corazón, pues esta es la única manera verdadera de combatir.*

* Cf. *O Legionário* n. 470, 14/9/1941.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Acción del Arcángel San Miguel durante el Juicio particular – Iglesia de San Lorenzo, San Lorenzo de Morunys, España

Flávio Lourenço

Oración para vencer el espíritu naturalista

iOh San Miguel Arcángel! Os pido con empeño que destruyáis en mí la vivencia, creada por el demonio del naturalismo, de ver el universo como un todo cerrado, de banalizar lo sobrenatural no comprendiendo su importancia y necesidad, de considerar que los hechos serios, graves y profundos no pueden suceder.

Esa ilusión que me recluye y me sujeta a ese demonio, impidiendo que se vuelva efectiva y completa mi esclavitud a Nuestra Señora, afirma continuamente: ¡Las horas trágicas y los grandes lances no se aproximan porque no pueden aproximarse!

Asistidme, pues, en el combate contra ese demonio que me impide tener la gran generosidad necesaria para ganar la batalla de la Contra-Revolución.

(Compuesta el 21/7/1974)



Afecto, mansedumbre generosa y firmeza inquebrantable

La relación del Dr. Plinio con su madre era toda hecha de afecto, y tenía como presupuesto una mezcla de admiración y esperanza, que producía una íntima unión de almas. Dentro de esa clave imponderable sobresalía en Doña Lucilia una mansedumbre generosa, llevada hasta lo increíble, al lado de una firmeza inquebrantable cuando se trataba de principios.

Para comprender mejor el afecto existente entre Doña Lucilia y yo, es necesario ver cómo era el lenguaje y la vida de familia en la intimidad, en el ambiente donde vivíamos; porque ese es un asunto lleno de matices, y cada país, así como cada estado y ciudad de Brasil, tiene uno.

La esencia del afecto: admiración y esperanza

Entre nosotros había un presupuesto de que el afecto era un acto de admiración o, por lo menos, de esperanza. Admiración de mi parte hacia ella y de esperanza de ella hacia

mí. El afecto era un sentimiento muy digno de elogio que no se malgastaba concediéndolo a cualquiera, precisamente porque es la afirmación de una cualidad o de la esperanza de que alguien llegue a tener esa cualidad. Esa era la esencia del afecto. Pero, al mismo tiempo, era la afirmación de una

consonancia del bien que se espera o se reconoce en el otro, con el bien que se siente en uno mismo. Era, por lo tanto, la afirmación de una íntima unión de almas.

Todo esto se manifestaba por el modo intensamente afectuoso con que yo la trataba, en donde eran abundantes las palabras muy cariñosas y simbólicas que repercutían en ella de manera suave, pero profunda, dejándola tan complacida, que mi padre —por naturaleza muy bromista— le decía, imitando un poco el acento portugués: “¡No te derritas!”.

Me acuerdo de algunas expresiones que yo usaba. Por ejemplo, a veces me dirigía a ella llamándola de *Lady Perfection*¹, a lo que ella respondía con toda naturalidad, como si no hubiese oído o como si yo la hubiese llamado de “mamá”. Otro título que usé durante mucho tiempo, teniendo en vista su aspecto afrancesado y distinguido, fue el de “marquesita”. Otras veces yo la llamaba de “*manquinha*”², como en el tiempo de mi infancia, con un afecto especial, para recordar aquellos tiempos. Además, “querida mía”, “mi bien”, ¡a torrentes! No es necesario decir que nunca la llamé de tú. ¡Nunca! Ni me pasó por la mente. Siempre era “Usted”. Me daba la impresión de que tendría que confesarme si la llamara de “tú”.

A veces le decía que no conocía madre igual a ella. Evidentemente la besaba también, cogía su mano y le daba palmaditas, la abrazaba, etc., muchas veces.

Yo notaba que ella quedaba muy conmovida y recibía todo eso con complacencia, pero con una cierta discreción que no sé describir bien. Era como si ella, sin apagar la luz, pusiera un *abat-jour*³. Era el sistema usado por ella —comprensible y muy adecuado, a mi modo de ver— y con el cual yo afinaba.

Significado de los puntos suspensivos usados en las cartas

Quien lee las cartas que mi madre me escribía, nota que ella usaba muchas veces puntos suspensivos. Doña Lucilia hacía esto sin pensar, con la naturalidad de una madre, pero esos puntos suspensivos correspondían a un modo de hablar de ella; era como un pasar al papel su manera de expresarse.

Tenía una voz muy aterciopelada, suave, enormemente matizada. Los matices de su voz le servían muchísimo para expresar cada idea, cada pensamiento, cada expresión, lo cual ella acompañaba cambiando ligeramente la posición de la cabeza y con movimientos de manos muy discretos, pero expresivos.

Ahora bien, Doña Lucilia tenía un hábito interesante, que tal vez no exista en otras personas y solo lo noté en ella; decir algo y quedarse un momento, discretamente, con los ojos puestos en el interlocutor para ver qué reper-

cusión había causado aquello, como que acentuando con la mirada lo que ella había dicho, de manera a llegar al grado de repercusión que le parecería normal, proporcionado.

Eso que era, por así decir, los últimos timbres de sus palabras, en las cartas ella lo representaba con los puntos suspensivos. De manera que donde hay puntos suspensivos, era eso que cuando ella hablaba hacía con su mirada.

Por lo tanto, no significa que era una persona reticente para nada. Muy por el contrario, su pensamiento se expresaba con mucha franqueza y claridad. Sino que eran los imponderables que constituían una especie de aureola en torno de lo que decía.

A propósito, una de las cosas interesantes del *Quadrinho*⁴, es retratar la actitud que tomaba cuando acababa de decir algo y miraba. Eso contribuye para dar la expresión que tiene el *Quadrinho*.

Aunque todo eso tuviese en ella el significado que estoy mencionando, es necesario decir, para la glorificación de la Civilización Cristiana, que era un pequeño fragmento del pasado. El arte de la conversación antiguamente era muy así.

Hoy las personas casi no cambian de tono de voz, son monótonas con frecuencia, y no saben utilizar la mirada; miran al interlocutor como podrían fijar la vista en una pared blanca. La mirada no tiene más el papel que tuvo otrora. Por lo tanto, ese predicado en Doña Lucilia era la iluminación por la presencia, por la fidelidad a la gracia, de un modo de ser de la Civilización Cristiana, o sea, una tradición.

Disposición de ser como un cordero que se deja sacrificar

Uno de los aspectos que me encantaba en Doña Lucilia, ante todo, era



Archivo Revista



la elevación de alma, que constituía la clave donde esas cosas se daban. Porque todo cuanto estoy diciendo, puesto en almas menos elevadas, redundaría en banalidades. Su elevación de alma colocaba todo en un pináculo, y daba la clave de la belleza de las cosas íntimas que estoy contando.

Dentro de la clave de esa elevación de alma, toda ella imponderable, me encantaba una mezcla de mansedumbre generosa llevada hasta lo increíble, al lado de una firmeza inquebrantable cuando se trataba de principios. La yuxtaposición de esos contrastes armónicos realmente me atraía en el más alto grado.

¡Nadie puede tener idea de lo que era la mansedumbre de mi madre! Vivía, evidentemente, en una familia educada y que no iba a tratarla con brutalidades. Pero la educación no impide la ingratitud, la incompreensión y, por lo tanto, no evita muchas decepciones. La educación es un barniz para el cual no importa la calidad de la madera. Doña Lucilia pasaba a veces por situaciones realmente difíciles de imaginar.

Invariablemente, con el propósito de nunca replicar, nunca redargüir de un modo desagradable o ácido, impertinente —lo cual quedaba bien en su papel de madre de familia—, ella presentaba siempre una explicación de lo que hacía, con lógica y afabilidad; y si no servía de nada, se quedaba callada sin acidez. Poco después retomaba las relaciones en el mismo nivel anterior, desde que la otra persona quisiera. Mi madre hacía eso con tal disposición de ser co-

mo una víctima o un cordero que se deja sacrificar, porque quiere sufrir sin reaccionar, y por juzgar que debe hacer ese apostolado de mansedumbre, que no conozco verdaderamente cosa igual, o que siquiera se pareciera de lejos con eso.

Dentro de esa actitud venía la firmeza de principios. Ella era así, les gustara o no, porque así se debe ser. Esa es la voluntad de Dios, ese es el pensamiento de la Iglesia y, por lo tanto, no se cambia. Por lo tanto, adaptarse a otros principios para evitar el sufrimiento de la incompreensión, ¡nunca! Ella era enteramente ella, con dignidad, a pesar de serlo con mansedumbre.

Para mí, que la conocí tan de cerca, este aspecto aparece mucho en una fotografía tomada en la Escuela

Caetano de Campos, en la Plaza de la República, mientras asistía a una conferencia mía. Mi madre está allí en una actitud de quien presencia una sesión con cierta solemnidad, pero no pierde el propósito de mantener una mansedumbre inalterable, una dulzura como no se puede imaginar; lo cual se expresaba por cierta melancolía que ella hacía notar. No obstante, si las personas fuesen indiferentes a esa melancolía, continuaba con la misma dulzura y del mismo modo.

Debo decir que este fue uno de los medios más vigorosos de cautivar mi afecto, porque eso me encantaba más allá de cualquier expresión y me hacía pensar, naturalmente, en Nuestro Señor Jesucristo y en Nuestra Señora. Incluso porque mi madre, de vez en cuando, elogiaba a Nuestro Señor por eso. En el modo de elogiarlo, sin darse cuenta, hacía trasparecer cómo ella lo imitaba. No era su intención, pero por una especie de santa inadvertencia o santa ingenuidad, sin percibirlo, ella se elogiaba hablando de Nuestro Señor Jesucristo. ❖

(Extraído de conferencia del 24/5/1980)



Cristo maniatado – Sevilla, España

- 1) Del inglés: Señora Perfección.
- 2) “Mãezinha” en portugués: diminutivo de mamá, modificado por el Dr. Plinio en su infancia.
- 3) En francés: pantalla de lámpara.
- 4) Cuadro al óleo que le agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia.



Edad Media: El Derecho consuetudinario

Muralla de la ciudad de Rodas, Grecia

Las leyes consuetudinarias existentes en la Edad Media constituyeron uno de los mayores tesoros legislativos de todos los tiempos. Fueron el resultado de una de las mayores catástrofes de la Historia: las invasiones de los bárbaros en Europa durante los siglos IX y X. Eso prueba que cuando el hombre es recto y procura servir de todo corazón a Dios, a pesar de los inconvenientes, de las desventajas y desgracias que le puedan sobrevenir, acaba haciendo maravillas.

El asunto a ser tratado se enuncia de la siguiente manera: leyes de los feudos, de los municipios, de las corporaciones y del reino.

La legisladora por excelencia es la Iglesia Católica

Para tratar de este tema estamos obligados a reunir ciertas nociones generales a respecto de diversos puntos de la doctrina y del Derecho de la Edad Media, porque la sociedad medieval es mucho más compleja que la contemporánea.

La complejidad de la ley medieval tiene como punto de partida la noción de que el verdadero soberano de un reino no es el señor feudal, ni el rey, ni el emperador, sino el derecho cuyo origen es divino. Esta concepción de Dios como Autor de la ley natural y fuente de todo derecho es diametralmente opuesta a la noción moderna de la ley vigente en nuestros días, donde el Estado representado por una asamblea elabora las leyes y su voluntad es soberana.

En la Edad Media no se llegó a formar una idea muy exacta de lo que era el Estado, pero sí del dere-



Tours Jean Fouquet (CC3.0)



Coronación de Carlomagno por el Papa León II

cho, fundamentado en la ley natural, o sea: Dios creó el mundo, y del orden natural de las cosas, la inteligencia humana puede deducir la existencia de determinadas reglas que emanan de la voluntad de Dios.

Sin embargo, como la inteligencia humana es susceptible a la equivocación en el conocimiento de estas reglas, el Creador las reveló, haciéndolas constar en el Decálogo. Esta es la Ley de las leyes, a la cual están sometidos todos los países del mundo y ningún rey las puede revocar.

Ahora bien, como la interpretación de la Ley divina corresponde infaliblemente a la Iglesia; la ley básica de toda la Cristiandad es aquella de la cual la Iglesia tiene el depósito, siendo incumbida de enseñarla, preservarla de las falsas interpretaciones y de imponer, por medio de penas, su cumplimiento. De esta manera el arca, la guardiana, la maestra, la depositaria

de la ley y, por lo tanto, la legisladora por excelencia de todas las naciones católicas, acaba siendo la Iglesia.

De momento vamos a ocuparnos detenidamente del Derecho Consuetudinario, por ser lo más importante e interesante.

Quando el hombre es recto y procura servir a Dios, hace maravillas

Sin entrar en digresiones de carácter jurídico, simplificando un poco, podemos decir que en la estructura del Estado moderno todo hombre es considerado libre. Posee la libertad de hacer aquello que bien entiende, y sólo tiene dos límites: Por una parte, los límites establecidos por su propia voluntad. Cuando hace un contrato y libremente se obliga a una determinada cosa, no puede violar aquello a lo que se ha obligado. Pero des-

pues hay también un vínculo que se impone a los hombres, y es el de la ley. Es una orden promulgada por el poder competente, capaz de imponerse a la voluntad de los ciudadanos, lo quieran o no.

Como en el derecho moderno, sólo el Estado hace la ley, llegamos a la conclusión de que, en ciertos contratos, libremente aceptados, nadie está sujeto a otra norma, a no ser la establecida por el Estado.

En la Edad Media, apareció un tipo diferente de ley, que es en mi opinión la mayor originalidad del Derecho medieval: La ley consuetudinaria. *Consuetudo*, en latín quiere decir costumbre. La ley consuetudinaria es la ley de la costumbre. Para comprender cómo nació este tipo de ley, tenemos

que estudiar las condiciones jurídicas y políticas de la Edad Media.

Las leyes consuetudinarias que constituyeron uno de los mayores tesoros legislativos de todos los tiempos, fueron para la Edad Media el resultado de una catástrofe inmensa, de las más terribles de la Historia. Es la prueba de cuánto es verdad que cuando el hombre es recto y procura servir a Dios de todo corazón, a pesar de los inconvenientes, de las desventajas y desgracias que le puedan sobreenir, acaba haciendo maravillas.

El Imperio de Carlomagno fue organizado a la manera del Imperio Romano, en el cual la organización del Estado era parecida con la del Estado moderno, o sea, el emperador encarnaba el Estado, todo el mundo era obligado a obedecer y sólo él tenía el derecho de hacer leyes. El Imperio de Carlomagno se basaba en este presupuesto.

Pero cuando Carlomagno murió, e incluso antes, en los últimos años de su existencia, una sombra de tristeza se proyectó sobre sus dominios: eran las segundas invasiones de los bárbaros que destruyeron completamente el Imperio Romano.

Hordas de bárbaros que molieron Europa

En efecto, durante los siglos IX y X Europa fue literalmente devastada por los bárbaros en todos los sentidos. Por un lado, las incursiones de los húngaros —remotos descendientes de los hunos— que en corceles pequeños y veloces llegaron a penetrar en Alemania, arrasaron el Norte de Italia, atravesaron Austria, la montañosa Suiza, y alcanzaron el corazón de Francia, hasta Champagne.

Por otro lado, los normandos, oriundos de Escandinavia, penetrando por los ríos, quemaban, saqueaban y devastaban todo cuanto encontraban en su camino, y cuya capacidad de navegación era tal que acabaron por invadir Constantinopla, dando la vuelta a todo el Mediterráneo. Ahí se ve bien la ferocidad de este pueblo.

Después, un pueblo que desapareció, los ávaros. Por último, los sarracenos que entraban por los Pirineos, por el Sur de Francia, y se adentraban en Italia.

Así, invasiones de pueblos hostiles entre sí, venidos de todos los lados, literalmente devastaron Europa. No se trataba de ejércitos regulares que avanzaban en orden, sino de hor-

das bárbaras incapaces de establecer una estrategia única de invasión, vagaban sin itinerario definido, no para conquistar un país, sino solamente para devastar las regiones por donde pasaban, sin ningún deseo de regresar ni de fijarse, ni tampoco de encontrar un lugar para residir; su deseo era el pillaje e ir viviendo conforme los medios lo permitieran, y si no fuesen expulsados.

Pongámonos en la posición de un rey que esté sitiado en París, por ejemplo. No tiene ninguno de los medios de comunicación modernos y sólo tiene conocimiento de los hechos por medio de mensajeros que vienen a caballo para darle información. Sin embargo, esos mensajeros raramente llegan, porque los caminos están obstruidos por bárbaros que los interceptan. Con ello, las otras ciudades del reino desaniman de mandar noticias

al rey, incluso porque él está preocupado en defender su propia capital, y no puede establecer un programa de defensa para otras regiones. Si el monarca pudiera decir: “Mi reino va a ser atacado por tal punto; entonces voy a mandar a mis tropas para ofrecer resistencia”, tendría sentido. Pero un reino acometido por todas partes, quebrantado, molido en todos los sentidos, sin que pueda mandar sus tropas para salvar lo poco que se pueda. En esta situación, la única actitud posible es el “sálvese quien pueda”.

Nace el feudalismo

Europa comienza entonces a erigir castillos. En cada lugar un propietario de tierras construye una fortaleza, y en la inminencia de la invasión, acoge dentro de ella a sus servidores, a las poblaciones libres de los alrededores con sus

ganados, el trigo, el vino que pueda disponer, y allí resiste todo el tiempo que pueda.

Por un fenómeno natural, cada propietario comenzó a imponer su autoridad a la manera de un pequeño rey local. Nació así el feudalismo.

Tengo deseos de sonreír cuando veo que un historiador escribe estas páginas clásicas: “En la época del oscurantismo de la Edad Media, los reyes carolingios decadentes no supieron mantener en sus trémulas manos el cetro de Carlomagno, ni su espíritu embrutecido consiguió discernir el pensamiento del gran fundador del Imperio, de manera que se conservara la unidad...”. Yo quisiera saber lo que uno solo de esos cuentistas, si-



lwi.org (CC0)



LA SOCIEDAD ANALIZADA POR EL DR. PLINIO

tiado en la capital de un reino, en esas condiciones, haría del cetro de Carlomagno. Probablemente huiría, abandonando todo por el camino... En cuanto a la unidad, ni pensaría en ella.

Forzosamente las cosas sucedieron como tenían que suceder ante las brutales circunstancias impuestas.

Esa situación duró cerca de doscientos años, durante los cuales las personas compraban, vendían... en fin, establecían todo tipo de relaciones de cuño jurídico. Como es natural, con el paso del tiempo, esa vida jurídica fue sufriendo el impulso de las nuevas circunstancias. Ningún país permanece dos siglos con sus leyes intactas. ¿De qué modo se fueron organizando esas leyes?

En cada lugar la costumbre fue alterando la ley primitiva existente. Para enfrentar los nuevos problemas se fueron creando nuevos derechos y obligaciones y perfeccionándose nuevas fórmulas procesales. Terminadas las invasiones, Europa quedó repleta de castillos y de barones que hicieron

de cada feudo un pequeño Estado, dentro del cual estaban en vigor leyes enteramente características, surgidas con el sabor de las cosas que nacen de la realidad. No era la ley elaborada, como se hace hoy, por un hombre que no tiene nada que ver con las actividades a ser legisladas. La ley era hecha por hombres especializados en el ejercicio de aquellas actividades, que iban adaptando las reglas en la medida en la que la costumbre iba cambiando, sazónándolas en contacto con la realidad. Ese fue el nacimiento del derecho consuetudinario.

Leyes consuetudinarias

Durante ese tiempo ¿Qué fue de aquello que designamos como Estado? Llamáramos Estado al rey. Y de hecho el rey era el Estado. Si Luis XIV hubiera dicho en aquella época, la famosa frase que se le atribuye —y que parece que no dijo— “*L’Etat c’est moi* – El Estado soy yo”, habría afirmado una banalidad, porque todo el mundo sabía que el único poder

que representaba el Estado era el rey. Y ¿qué hacía el rey? Durante todos esos siglos de invasión había decretos reales. Pero estos solo trataban al respecto de privilegios a favor de una iglesia, de un barón, privilegios al respecto de la organización de la vida de un determinado grupo de burgueses. Eran cosas muy pequeñas, en general concesiones de privilegios locales.

Por ejemplo, no consta, en el Derecho francés de esta época, una sola ley de carácter general, que se refiera a todo el territorio nacional. Sólo eran casos individuales.

Lo que se dice sobre el derecho francés, es mucho más comprensible en relación al derecho español. Imagínense durante los siete siglos de Reconquista, los guerreros cristianos van reconquistando palmo a palmo la Península Ibérica casi completamente perdida; mientras tanto, fueron haciendo leyes. Luchaban y en retaguardia las costumbres se iban convirtiendo en leyes. Y así, toda Europa se llenó de costumbres, inclusive de cos-



Castillo de la Aljafería – Zaragoza, España

tumbres muy hermosas, como en Portugal, que alcanzó en sus leyes una de sus manifestaciones más interesantes.

En cada lugar se constituyó por fuerza de la costumbre una amalgama de diferentes leyes establecidas. Esa amalgama de leyes, ya consuetudinaria en sí, fue siendo alterada por la transformación de las costumbres a lo largo de los siglos durante la Edad Media. Pero hubo algo curioso: dentro de esas leyes hechas en cada región, en cada lugar, el estilo de las relaciones entre los hombres fue teniendo una ley propia.

Por ejemplo, aquellos que trabajaban el cuero. Los negociantes de cuero tenían entre sí ciertos problemas comunes: relaciones de competencias, de apoyo, etc. Por otro lado, también se relacionaban con los clientes. Como había toda una serie de cuestiones que sólo les interesaban a los comerciantes de cuero y el Estado no hacía leyes para ellos, acababan elaborando leyes por sí mismos, que sólo valían para el gremio. Por ejemplo, una ley muy común para varios ramos de negocios en la Edad Media era que, cuando un cliente no le pagaba a un comerciante, todos los otros negociantes de la rama no le volvían a vender sus mercancías hasta que decidiera pagar. Esto indica muy bien el espíritu de clase que se formaba entre ellos.

Entonces, de dentro de esas pequeñas unidades comenzaron a aparecer leyes consuetudinarias para los diferentes grupos sociales. Así tenemos leyes que vigoran solo para determinada iglesia y tierras vecinas;



Cátedra en la Universidad de París, en la Edad Media

Etienne Colaud (CC3.0)

leyes únicamente para los clérigos, nobles o burgueses de un lugar determinado; leyes únicamente para determinados oficios, y, por fin, leyes válidas únicamente para una determinada porción de feudo.

El Derecho Romano

A partir del siglo XII comienza a aparecer el estudio del derecho romano en las facultades europeas y, consecuentemente, un tipo de organización en la cual no hay casi costumbres y la ley es elaborada por el propio Estado. Y se comenzó a aplicar el derecho romano en los juicios, y el pueblo de tal modo rechazó que, en el sur de Francia, por ejemplo, hubo reacciones violentas.

El derecho romano acabó entrando allí, pero en el norte no penetró. Entonces Francia se dividió en dos zonas: las de derecho consuetudinario no escrito, porque esas costumbres no habían nacido de un documento escrito; y, por otro lado, la zona del derecho escrito, que era el Derecho Romano. Pero lo curioso es que el derecho romano entró también como una costumbre. No hubo un solo rey que no pusiera en vigor el derecho romano. Simplemente comenzaron a aplicarlo porque les pareció bonito.

La costumbre así conceptualizada se puede definir de la siguiente manera: es un uso jurídico, o sea, que produce fuerza de derecho, de formación espontánea —no se hicieron estadísticas, ni hubo una escuela de sociología y política que dijese la última palabra— y aceptado por todo un

grupo social interesado, y que sólo entraba en vigor para dicho grupo.

¿Cuáles eran los requisitos para que una costumbre exista? Primer requisito: es necesario que sean actos repetidos. Realmente, no existe una costumbre si no hay repetición. ¿Repetidos durante cuánto tiempo? Fijaron un límite, necesariamente arbitrario, porque no hay un límite fijo para esas cosas, determinaron un límite de unos cuarenta años. Pero las costumbres buenas eran costumbres que se fortalecían desde tiempos inmemorables, y se respetaba cuando se decía: “Esta costumbre viene de tiempos inmemorables”.

Otro requisito es que esos actos sean públicos. Claro que la costum-



LA SOCIEDAD ANALIZADA POR EL DR. PLINIO

bre concerniente a actos no públicos no puede prevalecer como ley. El tercer requisito es que los actos sean pacíficos. Se entendía como actos pacíficos aquellos que no habían tenido origen violento y se practicaban sin ninguna contradicción seria.

Se habla tanto de democracia, pero la democracia verdadera es aquella en la cual el hombre legisla solo sobre aquello que él entiende, sin ser por medio de un legislador, sino directamente, contribuyendo a formar la costumbre y entregando la reglamentación de ésta a la vida social. Eso es inmensamente más auténtico, tiene mucho más sabor de realidad que cualquier otra cosa.



San Luis IX – Palacio de Versalles, Francia

Emilie Signol (CC3.0)

Gabriel K.



Adán y Eva siendo expulsados del Paraíso
Catedral de Gloucester, Reino Unido

Dos extremos hostiles

Después de haber estudiado la asombrosa elasticidad de las costumbres, comprendemos bien cuánta estupidez hay en afirmar que la Edad Media fue un período de tiranía, en el cual el hombre era un verdadero esclavo.

Hay una cosa muy curiosa que la Historia comprueba continuamente: el demonio es el padre de la mentira; siempre que promete al hombre algo, podemos estar seguros de que no lo va a dar. Y su programa ya está enunciado en la mentira: eso es justo lo que no va a dar.

Adán y Eva tuvieron un oscurecimiento de la inteligen-

cia pavoroso como consecuencia del pecado original. Decadencias internas de todo orden. Y perdieron el Cielo. ¿Qué hay de más diferente, en ese proceso de decadencia y en esa marcha hacia el infierno, que la promesa del demonio: “Seréis como Dios”? Fue justamente lo que no sucedió.

El hombre tenía libertad, pero el demonio quiso robarla prometiendo libertad. Vimos el margen enorme de libertad de los grupos sociales de la Edad Media. Sin embargo cómo el demonio robó a la humanidad la libertad, en las revoluciones sucesivas que nos conducen al totalitarismo!

Es interesante comparar los dos eslabones extremos de la cadena: de un lado, una sociedad que vive de respiración consuetudinaria; y en el otro extremo, la sociedad totalitaria en la cual no se estornuda sin un reglamento. Si

estornudamos fuera del reglamento, vamos a parar en un campo de concentración. ¿Por qué? Porque las cosas se salen de cierto orden previsto por el sociólogo para el bien común. El totalitarismo y el derecho consuetudinario son dos extremos hostiles.

Una persona podría hacerme esta pregunta: “¿Pero eso no lleva al caos? Imaginemos a los hombres de hoy regidos por la costumbre y veremos el tumulto que se forma.”

En primer lugar, es necesario notar lo siguiente: con un material descompuesto no se construye una casa fuerte. En una época de decadencia moral tremenda como la nuestra, soltándose, da en el desorden, prendiéndose, surge la tiranía. Si se nombra a alguien para gobernar, acaba siendo un ladrón o un verdugo. La solución no es otra sino moralizar. El derecho consuetudinario supone evidentemente un tenor de moralidad, un orden que cristianiza.

Yo no sería favorable a la aplicación brusca, pura y simple, de un sistema consuetudinario en el Brasil de hoy. Sin embargo, si en cada lugar fuesen entregadas paulatinamente ciertas funciones consuetudinarias a las fuerzas sociales verdaderas de ese mismo lugar, me da la impresión de que la cosa terminaba bien. Porque la legítima autoridad social, por una especie de flexibilidad interna, es capaz de resolver los casos; mientras que la autoridad política como nosotros la concebimos, distanciada de la vida social, es artificial y no resuelve nada bien.

Revocación de las costumbres contrarias a la Moral o al bien común

El derecho de revocar una costumbre competía solo al Rey, que lo ejercía únicamente en dos casos: cuando la costumbre era contraria a la moral cristiana o al bien común de la sociedad.

En ese sentido, es bonito hacer notar que el gran protector de las costumbres fue San Luis IX, que no solo dio

todo el apoyo a las costumbres justas, sino que se convirtió en un extirpador tremendo de las malas costumbres.

En el siglo XIII, como la función del Rey comenzó a desarrollarse, el Parlamento de París también comenzó a recibir esas funciones de extirpar las malas costumbres. En Inglaterra, algunas de esas costumbres están en uso hasta nuestros días.

En Francia el proceso fue diferente. Estudiadas las costumbres de los diferentes feudos grandes, se verificó que tenían trazos comunes, que constituyeron el Derecho Consuetudinario de ciertas regiones: Normandía, Champagne, Auvergne, etc., al lado de los derechos consuetudinarios menores de las unidades pequeñas. Y así se formó la estructura: ley de Estado hecha por el Rey, costumbres regionales que son los denominados comunes de las costumbres locales y, por fin, las costumbres locales. Y dentro de las costumbres locales, las costumbres para varias clases, para los diversos pequeños lugares, ríos, lagos. Tenemos, así, la inmensa diversificación del Derecho medieval.

El Derecho consuetudinario se fijó en todo el territorio europeo. Con el paso del tiempo esas costumbres se transformaron en documentos llamados Cartas, que eran convenciones particulares en las cuales había referencias a las costumbres. En los siglos X y XI esas Cartas ya son numerosas. En el siglo XII comenzaron a aparecer estatutos municipales, consentidos por reyes y otros señores, para determinadas ciudades. Más tarde surgieron los Libros de Costumbres, escritos por juristas para uso propio. Y cuando esos libros eran bien hechos, se generalizaban de tal manera, que acababan teniendo, hasta cierto punto, fuerza de ley. Por fin, en el siglo XII comenzaron a aparecer compilaciones de resoluciones de jueces con base en las costumbres, y constituyeron una especie de complemento del Derecho Con-

suetudinario. Eso se desarrolló sobre todo en el siglo XIII.

Así tenemos una visión de cómo se estableció el Derecho Consuetudinario y de qué modo podía haber orden dentro de él. Dejo puesto un problema para ser tratado futuramente: en ese pulular de leyes y de cuerpos sociales, ¿cómo establecer el orden y la medida? De esa orquesta con millares de instrumentos ¿cómo podía nacer una sinfonía? ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia de 1954)



El Dr. Plinio durante una conferencia, en la década de 1950



La Revolución tendencial se difunde como el lodo – I

La Revolución tendencial se mueve en el subconsciente, fangosamente, en la confusión de los defectos que chocan y se amalgaman, hacen y deshacen en ovillos de desórdenes tumefactos y malolientes. En el fondo, es la acción del demonio que se agita y desprende en malos olores que infestan todo el ambiente. El Dr. Plinio se volvía contra ello con indignación y horror. Su sentido católico clamaba por ideas definidas, argumentaciones nítidas, resoluciones fuertes, rumbos firmes, limpieza, pureza, rectitud.



¿Cómo es la combatividad? ¿De qué modo se comporta frente al “pacinismo”¹ que avanza como una cobra que conspira, urde, trama? Por otra parte, no se mueve propiamente como una serpiente, es algo diferente.

Aguas de Araxá

Cuando niño fui a una estación de aguas que después posiblemente modificó mucho de sus aspectos, la cual apenas comenzaba a hacerse conocida en el Brasil, y hoy es conocidísima

en el País entero y hasta en determinados lugares del exterior: Araxá, en el Estado de Minas Gerais. Yo acompañaba a mis padres porque parece que las aguas de allí eran muy benéficas, o al menos se esperaba que lo fueran para el estado de salud de mi madre.

La ciudad de Araxá quedaba algo distante de las aguas. Todos los días era necesario tomar un automóvil para llegar hasta allá. Todo eso era como un paseo —para mi madre un curativo— y se llegaba a un campo donde se encontraban las aguas.

Había dos o tres pequeñas construcciones necesarias para el servicio de las aguas, si recuerdo bien unas meras barracas. Por todos lados existía una tierra gruesa, húmeda, fea, con burbujas que salían de las profundidades, salidas por calores subterráneos, y explotaban aquí y allá. Aquella masa sulfúrica se movía en varias direcciones, pero con movimientos desordenados provenientes del fondo, que hacían saltar un tanto de barro de acá para allá. Aquellos grumos de barro chocaban, efectuaban un burbujeo desagradable e incongruente, desbordaban un poquito las márgenes y reincidían. De ese proceso se desprendía un olor sulfúrico desagradable.

A causa de las propiedades terapéuticas muy apreciadas, y parece que bastante beneficiosas de esas aguas, era necesario que una persona experta en revolver aquellas cosas supiera tomar algo como un vaso en la punta de un palo de madera, extenderlo hasta cierto lugar, y apretando un poco las masas de lodo, encontrar una forma de introducir en el vaso agua sin barro, para dárselo después al pobre enfermo para beber y mejorar en la salud.

Miré y tuve la siguiente impresión: “Parece algo que en el futuro conoceré”. Ya he visto cosas de esas —bien entendido no me refería a esas aguas, sino a algo que en el orden intelectual, espiritual, mental se asemejaba a aquello— sin embargo, no sé con qué puedo compararla. Y concluí: “Esta impresión va a quedar en mi espíritu, tanto cuanto que noto aquí y allá tufos de humo oscuro parecido con la polución que se desprende en varios lugares. Son señales de desastres subterráneos

que causan el entrechoque de masas líquidas de las cuales salen aquellas llamaradas feas.”

Todo esto no era sino fealdad y horror, excepto las cualidades terapéuticas misteriosas de aquellas aguas.

Odio inspirado por la Fe y la razón

Más tarde percibí las grandes multitudes humanas trabajadas por la Revolución, pero no como quien mueve soldaditos de plomo. Estos avanzan: avanza uno, avanza otro, porque el soldadito de plomo tiene su individualidad, se distingue uno de otro, posee una forma definida.

No era, por tanto, como aquello que yo posteriormente llamaría “Revolución B”, que se desarrolla en los hechos, ni como la “Revolución A sofisticada”, es decir, con ideas precisas, definidas. Yo la denominaría “Revolución A tendencial”. O sea, una Revolución que se mueve en el subconsciente de los hombres, lodosa, grisácea, en la confusión de los defectos que se chocan y se amalgaman, se hacen y se deshacen en madejas de desórdenes tumefactos y malolientes. Es en el fondo la acción del demonio que mueve, mueve, mueve, mueve, y desprende malos olores que infestan todo el ambiente.

Así veo yo el “pacinismo” en sus grandes posibilidades de victoria hoy en día. Y es para el mísero estado en el cual la Revolución dejó multitudes humanas enteras que me vuelvo, al mismo tiempo, con indignación y horror.

¿Por qué con horror e indignación? Porque hay algo en mi propia noción del ser, la noción de mi condición de hombre, y sobre todo, de católico, que clama por ideas definidas, argumentaciones nítidas, resoluciones firmes y fuertes, rumbos seguros, limpieza, pureza, rectitud, y que se siente horrorizado con aquel des-





Divulgação (CC3.0)



Araxá en la primera mitad del siglo XX

sé que no tienes vergüenza y volverás—, yo pueda mirarte y decir para todos: “este es el lodo”, y voy a describirte. Y con horror, despertando el asco y odio hacia ti, hago que una vez más seas rechazado. Entre tú y yo el estado de guerra es irremediable, porque yo soy, y no quiero dejar de ser, excepto cuando Dios me llame a Sí. Pero entonces yo no cesaré de ser, dejaré de ser en esta Tierra para ser enteramente en el otro mundo. Y en el otro mundo continuaré luchando contra ti. Porque en cuanto haya lodo por la Tierra, yo seré desde el Cielo tu enemigo. Lodo, yo te conozco, conozco cuál es tu futuro, como tú conoces el mío. Tú sabes que, si me dominas, me llevarás a aquel lodo sin fin, lleno de fuego, de inmundicia y de maldición que es el infierno.

Se hacia donde me quieres llevar. Pero también sé que, si voy al Cielo, te maldeciré y, desde los más altos páramos, te atormentaré para la gloria de Dios. Ni yo después de la muerte ni tú dejaremos de existir. Lodo, yo te atenazaré, perseguiré y humillaré. Tú puedes calumniarme, invectivar, ignorar y hasta hacer salir de mis pies una llamarada de humo que impida que me vean.

Nada extinguirá mi combatividad, la cual es, antes que nada, mi fide-

gobierno, aquella confusión, aquella blandura que da en todo y no da en nada, y principalmente horrorizado con aquella forma subterránea, misteriosa, que mareando toda aquella suciedad, tiene la intención de ir corroyendo la corteza terrestre hasta que el mundo no sea sino eso.

¿De dónde viene la indignación? Del choque. Yo conozco mi condición humana y de católico y sé lo que tengo de bueno. No dudo en decir que amo a Dios. Y si es verdad que toda criatura fue hecha a imagen y a semejanza de Dios, mirando hacia mí debo sentir que soy hecho a imagen y semejanza de Él. Y si yo le amo, debo amar esto en mí. Y no puedo dejar de odiar algo que tiende a destruir aquello que es semejanza de Él. De odiar con un odio inspirado por la Fe, por la razón; por tanto, es un odio que lleva a la persona entera. Y odiar instintivamente. Porque el hombre, cuando es recto, tiene un instinto que lo lleva a amar las cosas como deben ser, y viendo algo que es como no debe ser, se siente extraño y contrario a aquello. Y el resultado es este: ino lo soporto!

Entre el lodo y yo, el estado de guerra es irremediable

Considerando esta situación, exclamo interiormente: “Tú, lodo in-

mundo, sabes esto y tratas de introducir en mí tus emanaciones sulfúricas, penetrar en mi vestimenta, en mi cutis, entrar por mi respiración, destemplan mis pulmones, intoxicar mi sangre, conformarme a lo asqueroso que existe en ti y hacer de mí algo a tu manera. Pero yo no deseo hacerte a mi manera, quiero hacerte cesar.

Yo soy el agredido porque tengo el derecho de ser. Soy conforme a Aquel que es fuente de todo Derecho: ¡Dios Nuestro Señor! Tú no tienes derecho de ser. ¡Fuera! De ti, lodo, sólo quiero guardar el recuerdo de tu horror, para que cuando vuelvas disfrazado —porque te conozco:



Diego Delso (CC3.0)

dad a Dios y a Nuestra Señora. Es un reflejo y una prolongación de la incompatibilidad irreductible de Ellos contigo, porque tú eres la serpiente eternamente aplastada en la cabeza.

Yo te conozco, lodo, y por eso digo: ¡Eres aplastado por el pie virginal de Aquella que te venció a ti y a todos tus secuaces! ¡Y tú me odias y tienes razón porque soy hijo de Ella! Pero también es verdad que, porque soy hijo de Ella, yo te odio.

Veo bien, oh lodo, que en tu mollicie burbujee odio contra mí. Ese odio no es cristiano. Tú dices contra mí “esto es venganza”, “esto es orgullo” o entonces “siéntate a mi lado, mete tus manos dentro de mí, acaríciame y yo tendré algo para contarte”, y todas las burbujas emitirán un gas tóxico que me dará ganas de dormir, me quitará el gusto de las energías inquebrantables, del aire límpido de las batallas que no acaban nunca. Sé, lodo, que tú me prometes dar todos los placeres del lodo. Yo imagino esos regocijos.

El lodo del espíritu

Oí cierta vez a un señor comentar delante de mí cómo era delicioso tomar un baño de lodo. Habla-ba él de un lugar situado en la Europa Central, con un lodo más célebre y probablemente más curativo que el de Araxá. Me decía este señor que había tomado ese baño no por necesidad, sino por curiosidad, cosas de turista. Le dijeron que era muy agradable meterse en el lodo, entonces fue allá. Había grifos con surtidores fuertes, grandes, de donde salía el lodo que llenaba una bañera. Él consideró aquello repugnante. Y añadió:

“Tuve horror de aquello, pero llevado por la curiosidad, entré. Usted no se imagina, Plinio, la sensación de lo fofo, de lo suave, de lo agradable que me circundaba por todos lados. Yo no tenía deseos de salir. Parece que las bañeras eran alquiladas du-

rante un tiempo determinado. Acabado el plazo, golpearon la puerta porque ya había otro candidato. Tuve deseos de comprar un turno más, pero no era posible. Usted no sabe lo que es nadar en el lodo.

“El lodo descarga la persona. Usted no llega a acostarse en el fondo de la bañera. Es tan denso que uno queda cercado de aquella materia lisa, que penetra por entre los dedos, sube por el pecho, va hasta el mentón y da un sueño... Es agradable como usted no puede imaginar.”

No le quise decir nada porque era un hombre mayor que yo, con quien no tenía esta la confianza que nos autoriza a intercambiar confidencias de alma. Pensé para mí: “Vi el lodo de Araxá, pero ahora observé otra cosa: el lodo en su alma. Hace mucho que le conozco y le veo pasear, revolverse y vivir dentro del lodo. Conozco el lodo de la materia y el lodo del espíritu porque le

conozco a usted. Conozco la invitación del lodo, su atracción y el vicio de vivir en medio de él. Yo odio el lodo porque es tal que, o la persona lo repele con suma energía en el primer momento, o le acaba tomando un gusto que en el segundo momento nos hace relajados de espíritu. “Lodo, yo no te quiero. ¡Fuera! Tú alegas tus caricias como argumento para la tolerancia, y yo digo: Si tú no tuvieses otras infamias, tus caricias serían la razón por la cual yo diría: ¡Lodo, fuera!”

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia del 17/7/1982)

1) Neologismo creado por el Dr. Plinio para resaltar la falacia del “pacifismo”, indicando que la imposición de una falsa paz trata de ocultar cínicamente sus reales objetivos revolucionarios. Palabra que agrega “paci” a “cinismo”: “pacinismo”.



Dr. Plinio en 1982



El verdadero honor y nuestra relación con el mundo angélico



El hombre que siente su propio honor por amor de Dios adquiere un estado celestial en la tierra. Desde esta perspectiva, la búsqueda del verdadero honor es la meta y la brújula de la vida espiritual y la marca de la civilización del Reino de María.

El mundo de los Ángeles es el mundo del honor, y todo Ángel, colocado delante de cualquier criatura humana, es un vaso de honorificencia.

El Reino de María será la civilización del honor

Dos razones colman de honor a cualquier Ángel. En primer lugar,

es espíritu puro. Si comparamos la naturaleza de la materia como criatura con la del espíritu, no hay duda de que esta última es mucho más honrosa.

Otra razón es que, en virtud de su naturaleza espiritual, los Ángeles tuvieron una prueba muy rápida e inmediatamente entraron en un estado de bienaventuranza, lo que es honroso con relación al estado de prueba. El espíritu puro tiene una familiaridad, una intimidad con Dios, que está de sí, lleno de honor.

El estado angélico es el estado del honor. Por lo tanto, el hombre que vive en el honor imita al Ángel y se acerca a él. Es por eso debemos amar las cosas principalmente en la medida en que nos den una participación del honor del orden angélico. Por lo tanto, hacer las cosas con es-



Gabriel K.



Flávio Lourenço



El Dr. Plinio durante su período de convalecencia, después del accidente automovilístico del 3 de febrero de 1975

Archivo Revista

píritu de honor, es decir, en la medida en que introduzcan el honor.

Podemos llegar a un estado de vida espiritual en el que habitualmente veamos todo desde el punto de vista del honor. Eso sería vivir dentro del honor. Así, practicamos el primer mandamiento de la Ley de Dios de una manera viva y verdadera, porque por aspecto se nos ofrece una especie de *flash* continuo, incesante, discreto, en el que, por así decirlo, se vive dentro del honor como un pájaro en el aire. Hay en esto toda una escuela de vida espiritual a considerar.

Teniendo en cuenta las nociones de honor que tenemos, excluida la “herejía blanca”¹, vemos al Ángel como un ser lleno de honor y a la jerarquía celestial como la jerarquía de los honores.

Desde esta perspectiva, la búsqueda del verdadero honor es la meta y la brújula de nuestra vida espiritual y la marca de la civilización que queremos constituir. El Reino de María será la civilización del honor o no será nada. El estado en el que el hombre siente su propio honor por el amor de Dios es un estado celestial en la tierra. Es bajo esta luz que debemos considerar todo lo que hacemos.

Una especie de licor o elixir divino

A veces me preguntan sobre mi vida espiritual. La característica de mi vida espiritual es esta: ver a Dios, a Nuestra Señora, la vida y todo el universo bajo el *lumen* del honor. Donde mi verdadera felicidad de situación es estar considerando continuamente las cosas desde el punto de vista del honor, de tal manera que, examinando mis gustos personales, desde la raza de los perros hasta el estilo de la música, mi predilección vaya hacia donde el aspecto “honor” esté más destacado.

Así, se podría decir que paso todo el día a la búsqueda del honor; desde el despertar por la mañana hasta cerrar los ojos para dormir estoy buscando el honor. Al punto que, durante alguna enfermedad, tengo la preocupación de estar en la cama de forma natural —sin teatralidad, porque eso no es honor— en una posición natural con honor. Es posible que haya tenido posiciones desarregladas por efecto del dolor, así como un hombre que duerme; pero no recuerdo haber estado despreocupado por mantener en la cama una posición con honor.

¿Por qué? ¿Para afirmar mi superioridad sobre los demás? No. Es para poseer el honor como una especie



Samuel Holanda



San Miguel - Museo de Louvre, París, Francia

de licor o elixir divino, que debe estar en mi alma como la sangre está en mi cuerpo.

Los tres Arcángeles y la personificación del honor

Volviendo a la consideración del mundo angélico, creo que, en la medida en que son altos dignatarios y realizan funciones extremadamente honorosas, los Ángeles son personificaciones del honor en aquellas funciones. De sus misiones llevadas a cabo con honor se deduce cómo son ellos.

San Miguel, por ejemplo, recuerda aquel dicho del mariscal Foch²: “*Ma droite est pressée, ma gauche est menacée, mon arrière est coupé. ¿Qui fait-je? J’attaque.*”³ ¡Alta calidad del honor! ¿Por qué? Porque es el ataque visto en el apuro y en el holocausto completo. Este *j’attaque* significa: “Me lanzo el todo por el todo, aquí está mi vida. Pero me lanzo con clase, con ímpetu, con fuerza”. ¡Es

una maravilla! Esa sería la honorabilidad de San Miguel.

En San Rafael, la honorabilidad está en la virtud de la prudencia en cuanto operativa, es decir, que lleva a elegir las metas buenas y los métodos apropiados para alcanzarlas. Posee todo el honor de un Consejo de Estado Mayor, un cónclave o un Consejo que existe para asesorar al Santo Padre. Esta función ejercida con la máxima nobleza y honorificencia encuentra su arquetipo en el Arcángel San Rafael.

Una figura humana de San Rafael sería, por ejemplo, San Pío X desmantelando el *complot* modernista

contra la Iglesia, para que continuara con sus verdaderos objetivos. Este pontífice desempeñó exactamente el papel del pastor que supo discernir los métodos y aplicarlos. San Rafael es esto con honor.

No se puede confiar una misión más honorable que la de San Gabriel. Es, por excelencia, el *missus a Deo*⁴. Todo lo que es revelación de la verdad, la Religión, la Fe, el buen espíritu, así como el valor del símbolo, me conduce a atribuírselo a San Gabriel.

Para mí, dos santos representan a San Gabriel de una manera excelente: San Vicente Ferrer, llamado

“Ángel del Apocalipsis”, que vino a anunciar el fin del mundo, predicando las glorias de Nuestra Señora, el esplendor de Religión, Fe, etc., y San Luis Grignon de Montfort, eminente “Gabrielito”, que proclama la verdadera devoción a Nuestra Señora.

Intercesores apropiados para eliminar los obstáculos opuestos al honor

Consideremos ahora el tema por el siguiente aspecto: imaginemos un hombre correcto, serio, pero que no es una estrella, dando un curso de Filosofía Tomista, bueno para un cierto número de estudiantes. Es natural que este hombre recurra a la protección de Santo Tomás de Aquino.

Lo mejor de esta idea de recurrir al Doctor Angélico consiste en que este profesor, enseñando Filosofía tomista, repite una acción que Santo Tomás practicó en su vida, dilatando así, de alguna manera la actividad del Santo. Así que su acción es



Escenas de la vida de San Pío X (detalle) Santuario de Nuestra Señora del Rosario, Pompeya, Italia

Gabriel A.

un desdoblamiento del propio Santo Tomás de Aquino. Por lo tanto, en esa clase está para sus alumnos, como si fuera otro Tomás de Aquino de menor estatura; hay una participación real de su acción en la del Doctor Angélico. Así que el pedido de interferencia de Santo Tomás no es para un hombre extrínseco a la acción que está practicando.

Para ver cómo son variadas las cosas, ¿a qué santo soy propenso a invocar para hacer bien esta conferencia? Evidentemente a los tres Arcángeles mas el Profeta Elías. Porque entiendo perfectamente que estoy desarrollando una acción para remover el grande y trágico peñasco que se opone a nuestro progreso en la vocación, que es el mundo actual, un mundo sin honor, mientras esté presente en las almas.

Así que pienso en las acciones grandiosas de San Elías haciendo mover cielos y tierra, le pido que tenga lástima de mí y me consiga una cierta participación de su poder para este paso que estoy deseando dar. Si realmente se compadece de mí, dándole a mi palabra una efectividad que no tiene, empujará a aquellos a quien estoy hablando como los elementos se movían a sus órdenes.

Amistad personal con Ángeles y santos

La gracia de discernir la situación y saber a qué santo invocar representa una flexibilidad del alma por la cual se siente la acción del Santo que nos invita a rezarle. Es algo muy bonito y delicado que le pasa a todo el mundo, no es un privilegio de unos pocos.

Por ejemplo, a veces sucede que vamos a una iglesia y encontramos, en una capilla lateral, a una mujer que podría compararse, más o menos, con un paño húmedo que se exprime hasta quedar seco; así parece también que el sufrimiento exprimió a esa pobre señora, cuya piel desgastada cubre un cuerpo quebrantado.

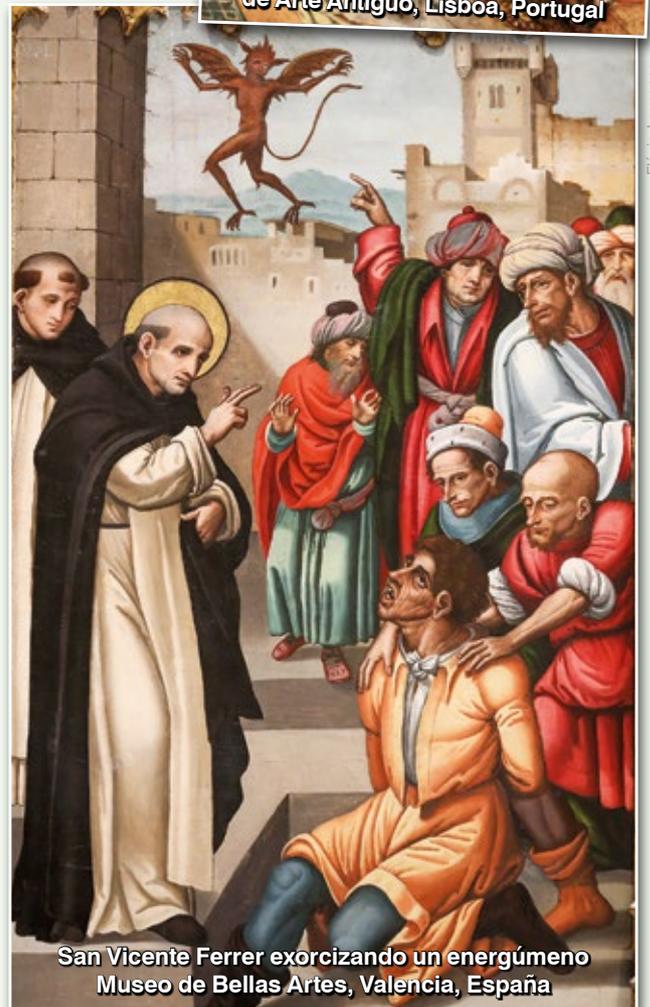
Allí está, al costado de un altar, rezando a un santo cuya pequeña imagen está entre varias.

Algún cretino diría: “Superstición”. Y yo respondería: ¡Culto de dulía, el más áureo y magnífico! Porque de algún modo ese santo le hizo sentir, por gracias recibidas ante su imagen, que tendría un vínculo de alma con ella. Por lo tanto, más que la gracia obtenida por él se trata de una relación de amistad personal con ella. Tal vez este concepto de amistad personal con Ángeles y santos pueda parecer irreverente para alguien, pero para mí es el concepto por excelencia. El santo con el que nos hacemos amigos tiene relaciones personales con nosotros. Esta relación hasta con una pobre mujer ignorante, que vive en algún sótano, puede haber en la Santa Iglesia.

Me ha sucedido que, al pasar junto a una mujer así, siento lástima y quiero parar para hablar con ella, ayudarla con cualquier cosa; pero prefiero no hacerlo, pensando: “Si voy a ayudarla, la privaría de lo mejor, que es el auxilio que el santo le está dando, inmiscuyéndome en medio de ese arcoíris que va del santo a ella. Siempre y cuando no sienta que el santo me envía para ayudarla, puedo hasta rezar una jaculatoria por ella al santo, pero no me voy a entrometer en ese vínculo.”



Arcángel San Gabriel - Museo Nacional de Arte Antigo, Lisboa, Portugal



San Vicente Ferrer exorcizando un energúmeno Museo de Bellas Artes, Valencia, España



Devoción a San Rafael

Hay otro aspecto curioso para considerar: a veces la aridez en cierto tipo de devoción es la señal de que aquella devoción es para nosotros. Pero a veces esa señal se encuentra en una consolación. Por ejemplo, toda mi vida he tenido aridez con la devoción a San Rafael. Esa historia sobre Tobías, el Ángel que le saca el hígado a ese pez... Manipular el hígado del pez para sacarle un aceite, veo que es enormemente respetable, pero me extraña un poco ese tipo de operaciones. Enviar al diablo al infierno: ¡Oh, magnífico! Pero todo lo del pez, aunque lo venero mucho, mi alma no vuela por ese lado. Sin embargo, después de que comencé a hacer estas reflexiones sobre los Ángeles y entendí el papel de San Rafael, nació un gran deseo de relacionarme con él.

Cierto día, entrando en una iglesia donde suelo rezar de vez en

cuando, noté que se acababa de colocar junto a un altar lateral una imagen muy fea de un Ángel que, por sus características, entendí que se trataba de San Rafael, pero pensé: “Esta es la imagen de un Ángel como no debería ser. No voy a mirarla, voy a rezar abstrayéndome de la imagen”.

Mientras rezaba mi Rosario, tuve un movimiento interior, similar al de la gracia de *Mater Boni Consilii a Genazzano*⁵, como diciéndome: “¡Réceme porque estaré a su lado y yo lo ayudaré!”

Desde entonces nunca volví a rezar un Rosario sin intercalar, después de cada docena, una jaculatoria a San Rafael para que me ayudara. Lo curioso es que ni una sola vez me di cuenta de la ayuda prometida. Sigo orando como los que acumulan jaculatorias para un hermoso día para dar el resultado deseado. Veo que esta protección está reservada para una determinada ocasión.

De hecho, es necesario comprender que en todo lo que estoy tratando sobre el honor, de los Ángeles y los Arcángeles, hay un momento en que esto debe tocar nuestras almas; y que la acción de estos espíritus celestiales esta predominantemente en esto, no podemos anticiparnos. Esto está muy de acuerdo con la verdadera vida espiritual.

Mi forma de sentir y pensar

Conforme al curso común de las cosas, debemos terminar estas consideraciones diciendo: “Hagamos el propósito de rezar todos los días tal oración”. Apruebo mucho esto con entusiasmo, pero no es nuestro caso, porque sería anticiparnos a una cier-



ta moción angélica. Yo, por ejemplo, comenzaría esto un poco rígido. Si quieren, acompañaría, pero no entraría toda mi alma en eso. Lo que hay en mi alma es esperar la moción angélica que vendrá en determinado momento, no sé cuál, pero vendrá. Esperar con la esperanza de que vendrá y volver los ojos en esa dirección.

Hay algo en mi forma de sentir y pensar que nunca he podido explicar bien, pero entra eminentemente en el modo de ser de San Gabriel y corresponde a lo que considero una excelencia, una magnificencia especial de la Iglesia Católica: es una suma seriedad, elevación, nobleza, acompañada de una bondad, una protección por donde las cosas muy altas y sublimes se presentan recubiertas de

Gabriel K.



San Rafael Arcángel (colección privada) - Lima, Perú



Anunciación - Museo de la Catedral de Aachen, Alemania

Samuel Holanda

Es indescriptible también y presenta tan magníficamente la armonía entre majestuosidad y dulzura, que en su defensa comprendo toda la tenacidad de la fuerza, porque si alguien se atreve a atacar esto, entonces la fuerza saca desde el amor a esto una plenitud y una capacidad de reacción y de resistencia total.

La matriz generadora de este combate es una mezcla de majestad y dulzura, que veo muy difícil que las personas comprendan, pero el timbre de San Gabriel fue ese. En última instancia, eso es lo que San Gabriel tiene que decirle al mundo. Es su clave, pero también debe ser la nuestra. Es el encuentro de la dulzura con la grandeza: una grandeza llena de dulzura, pero una dulzura que se sienta justo al lado de la grandeza. ❖

(Extraído de conferencia del 19/12/1976)

dulzura. Es propiamente la plenitud de su estado normal.

Revestidas también de fuerza, pero la fuerza se presenta ante un accidente, es decir, el adversario. Sin embargo, el estado normal es que estén recubiertas de dulzura, accesibilidad, afabilidad, protección; pero una protección dada con respeto y no con prepotencia. De tal manera que el mismo don viene goteando respeto por aquel que lo recibe.

Majestad y dulzura

No conozco palabras o episodios en los que estos predicados coincidan tan bien como en el Anuncio del Ángel, porque, por un lado, no se podría comunicar un suceso más alto que la Encarnación del Verbo. Desde que el mundo es mundo, no

ha habido comunicación comparable a esta.

Por otro lado, decirle a una persona que será la Madre del Verbo es de una dulzura increíble, mientras reviste a la persona de una dignidad, de una majestad incalculable.

Qué se podría decir más grandioso a alguien que lo siguiente: “Tú eres Hija de Dios Padre mucho más amada de lo que imaginas. Serás Esposa del Espíritu Santo y Madre del Verbo Encarnado”. ¡Es de una grandeza! Nadie ha anunciado nunca el ascenso de un papa o un emperador a su respectivo solio con palabras como estas. No hay igual. Sin embargo, se puede imaginar con qué dulzura todas esas palabras repercutieron en el alma de Nuestra Señora y la poseyeron.

- 1) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, en la cultura, en el arte, etc. Las personas afectadas por ella se vuelven blandas, mediocres, poco propensas a la fortaleza, así como a todo lo que signifique esplendor.
- 2) Ferdinand Foch (*1851 - †1929). Militar católico francés que comandó los ejércitos de Francia e Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial.
- 3) Mi derecha es presionada, mi izquierda es amenazada, mi retaguardia es golpeada. ¿Qué hago yo? Ataco.
- 4) Del latín: enviado por Dios.
- 5) Gracia recibida el 16 de diciembre de 1967, que consistió en la confirmación y certeza del total cumplimiento de la misión del Dr. Plinio y de la continuación de su obra. (Cf. CLÁ DIAS, João Scognamiglio, EP. *O dom de sabedoria na mente, vida e obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana; São Paulo: Instituto Lumen Sapientiae. 2016, v. IV, p. 287-291).



SANTORAL

Flavia Lauretano



San Lino

1. San Lupo, obispo (+ 623). Obispo de Sens, Francia. Afirmaba públicamente la obediencia a Dios antes que a los hombres y, por esto, lo mandaron al exilio.

2. San Justo, obispo (+d. 381). Después del Concilio de Aquilea, renunció a la sede episcopal de Lyon y se fue a vivir como eremita en Egipto.

3. San Gregorio Magno, Papa y Doctor de la Iglesia (+ 604).

Beata Brígida de Jesús Morello, viuda (+1679). Después de quedar viuda, fundó la Congregación de las

Hermanas Ursulinas de María Inmaculada, en Piacenza, Italia.

4. XXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

5. San Bertino, abad (+c. 698). En Saint-Omer, Francia, fundó con San Munolino el monasterio de Sithieu, del cual fue abad durante cerca de cuarenta años.

6. Beato Bertrand de Garrigues, presbítero (+c 1230). Discípulo de Santo Domingo de Guzmán. Fue prior del convento de Tolouse y después fundó conventos en: París, Avignon y Montpellier.

7. San Clodoaldo, presbítero (+560). Pertenece a la realeza y al morir su padre y hermanos, fue acogido por su abuela, Santa Clotilde, esposa de Clodoveo I. Fue ordenado presbítero y murió en Saint-Cloud, Francia.

8. Natividad de la Virgen María.

Santo Tomás de Villanueva, obispo (+1555). Religioso dominico. Por obediencia aceptó el ministerio episcopal de Valencia, España.

9. San Pedro Claver, presbítero jesuita (+1654). De destacar su entrega a los esclavos en Cartagena de Indias. Su lema: "Soy esclavo de los esclavos".

Beato Pedro Bonhomme, presbítero (+1861). Fundó la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora

del Calvario en Gramat, Francia, para realizar misiones populares que evangelizaran el ámbito rural.

10. Beato Santiago Gagnet, presbítero y mártir (+ 1794). Religioso carmelita. Fue tomado preso en la Revolución Francesa y enviado a una sórdida galera, anclada en Rochefort; allí murió consumido por las enfermedades.

11. Domingo XXIV del Tiempo Ordinario.

Beato Buenaventura de Barcelona, religioso (+ 1794). Hermano franciscano que fundó en territorio romano varios conventos y casas de retiros.

12. Santísimo Nombre de María.

San Francisco Choe Kyong-hwan, mártir (+1839). Por no abjurar de la Fe cristiana, fue enviado a la cárcel donde se dedicó a catequizar, hasta morir extenuado por atroces tormentos.

13. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia (+407).

Beata María de Jesús López Rivas, virgen (+1640). Discípula de Santa Teresa de Ávila, priora del Carmelo de Toledo. Recibió místicamente los dolores de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

14. Exaltación de la Santa Cruz

Santa Notburga, virgen (+1313). Vivió en Eben, Austria. Siendo dueña de casa, daba a los campesinos un

Augusto P.



San Ignacio de Sandone

* SEPTIEMBRE *

gran ejemplo de santidad, en la caridad y servicio a los pobres.

15. Nuestra Señora de los Dolores.

Beato Pablo Manna, presbítero (+1952). Perteneció al Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras. Al regresar del apostolado en Birmania, de donde regresó por razones de salud, trabajó mucho en la evangelización en Italia.

16. San Cornelio, Papa (+253) y **San Cipriano**, obispo (+258), mártires.

San Vital, abad (+1122). Después de renunciar a los cargos terrenales, fundó un monasterio en Savigny, Francia, donde tuvo numerosos discípulos.

17. San Roberto Belarmino, obispo y Doctor de la Iglesia (+1621).

Beato Estanislao de Jesús y María, presbítero (+1701). En Gora Kalwária, Polonia, fundó los Clérigos Marianos de la Inmaculada Concepción de la Virgen María.

18. XXV Domingo del Tiempo Ordinario.

19. San Genaro, obispo y mártir (+s IV).

Santa María de Cervelló, virgen (+ 1290). Primera religiosa y superiora de las Mercedarias, fundadas por San Pedro Nolasco. Se la apodaba “María del Socorro”, por su inmensa caridad con los necesitados.

20. Santos André Kim Taegon, presbítero, **Paulo Chong Hasang y compañeros**, mártires (+1839-1867).

San Juan Carlos Cornay, presbítero y mártir (+ 1837). Sacerdote de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. Decapitado por orden del



Santos Bertino y Munolino. En un barco sin velas ni remos, son guiados por un Ángel

emperador de Vietnam, Minh Mang, después de crueles torturas.

21. San Mateo, Apóstol y Evangelista.

San Jonás, profeta del Antiguo Testamento. Hijo de Amitai, enviado por Dios para predicar en Nínive. Su salida con vida a los tres días de la ballena se considera signo de la resurrección del Señor Jesús.

22. San Ignacio de Sandone, presbítero capuchino (+1770). Asiduo confesor y asistente a los enfermos.

23. San Pío de Pietrelcina, presbítero capuchino (+1968). Recibió los estigmas de la pasión de Jesús.

San Lino, Papa y mártir (+s. I). Elegido como primer sucesor de San Pedro, por los propios apóstoles Pedro y Pablo.

24. Beata Colomba Gabriel, abadesa (+1926). Por calumnias, sale de su monasterio benedictino en Ucrania y se instala en Roma, donde funda la Congregación de las Hermanas Benedictinas de la Caridad, y organiza la obra social “Casa de la Familia”.

25. Domingo XXVI del Tiempo Ordinario.

San Principio, obispo (+s. VI). Hermano de San Remigio, Obispo de Soissons, Francia.

26. Santos Cosme y Damían, mártires (+c. s. III)

Beato Luis Tezza, presbítero (+1923). Religioso de los Ministros de los Enfermos y fundador de la Congregación de las Hijas de San Camilo, en Roma.

27. San Vicente de Paúl, presbítero (+1660). Fundador en Francia de

las Hijas de la Caridad.

Beato Lorenzo de Ripafratta, presbítero (+1456). Muy dedicado al sacramento de la Reconciliación. Dominicano que, durante 60 años, fue riguroso observante de la disciplina religiosa en Pistoia, Italia.

28. San Wenceslao, rey mártir (+929 o 935). Patrón y protector de Eslovenia y República Checa.

San Lorenzo Ruiz y compañeros, mártires (+ 1633-1637).

Beato Bernardino de Feltre, presbítero franciscano (+c. 1494). Combatió la usura con la modalidad de caridad financiera, en los “Montes de Piedad”.

29. San Miguel, San Gabriel y San Rafael Arcángeles. Ver página 28.

Beato Carlos de Blois, lego (+1364). De espiritualidad franciscana. Gran político francés y buen cristiano denominado “Carlos el Santo”.

30. San Jerónimo, presbítero y Doctor de la Iglesia (+420).

San Simón, monje (+1082). Siendo conde de Crépy, renunció a la patria, matrimonio y riquezas, para llevar una vida de santidad, como monje. El monasterio, testigo de su vida ejemplar, estaba en el macizo montañoso del Jura.

San Miguel y los Ángeles buenos expulsando al infierno a los espíritus rebeldes - Museo de Bellas Artes, Valencia, España

Escudo de la Iglesia y gladio contra los demonios

Suscitado por Dios para precipitar a los demonios en el infierno, proteger a la Iglesia y a los hombres contra los ataques diabólicos, San Miguel Arcángel, caballero arquetípico de la milicia celestial, es escudo y gladio en defensa de los planes divinos.

Respecto a San Miguel Arcángel tenemos una pequeña nota:

San Miguel, Príncipe de milicia celestial, en la batalla que se dio en el Cielo luchó contra los ángeles rebeldes. Tiene la misión de continuar esta lucha para librarnos del demonio.

De él dependen los Ángeles de la guarda. Es el Ángel protector de la Iglesia.

*Caballero leal, fuerte,
puro y victorioso*

Llamo la atención sobre el hecho de que San Miguel Arcángel coman-

dó la lucha contra el diablo y lo precipitó en el infierno, y además es la cabeza de los Ángeles de la Guarda, de individuos e instituciones. Él mismo es el Ángel de la Guarda de la Institución de instituciones, que es la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Por lo tanto, tiene una función tutelar en la que podemos preguntarnos qué relación hay entre su misión, precipitando en el infierno a los que se levantaban contra Dios Nuestro Señor, y la protección por él dispensada a la Iglesia y a los hombres en este valle de lágrimas, en este campo de batalla que es la vida.

Estas dos misiones están concatenadas. San Miguel defendió a Dios, quien quiso usarlo como su escudo contra el demonio,

y quiere que también sea el escudo de la Santa Iglesia y de los hombres contra los ataques diabólicos. Sin embargo, un escudo que es a la vez un gladio. Por lo tanto, no se limita a defender, sino a derrotar y precipitar en el infierno. Aquí está la doble misión de San Miguel.

Debido a todo esto San Miguel era considerado en la Edad Media como el primero de los caballeros, el caballero celestial. Ideal y perfectamente leal, fuerte, puro, victorioso como un caballero debe ser, poniendo toda su confianza en Dios y en Nuestra Señora.

Es, por lo tanto, a esta admirable figura de San Miguel a quien, visto así, debemos considerar en cuanto siendo nuestro aliado natural en las luchas. Porque no queremos ser otra cosa sino hombres que ejecutan en el plano humano la tarea de San Miguel Arcángel, es decir; defender la honra de Dios, la gloria de Nuestra Señora, la Iglesia Católica, la Civilización cristiana; pero a nivel de una contraofensiva a postrar en el suelo el imperio del demonio y establecer en esta tierra el Reino de María.

Por lo tanto, hay una enorme afinidad con nuestra misión y hacen muy bien aquellos que quieran constituir a San Miguel Arcángel como su patrono especial.

“¡Adelante, no desanimen, ataquen!”

En Ana Catalina Emmerich¹, *Visiones y Revelaciones Completas*, encontramos los siguientes datos sobre San Miguel:

Volví a ver la Iglesia de San Pedro con su gran cúpula. Sobre ella resplandecía el Arcángel San Miguel vestido de color rojo, teniendo una gran bandera de combate en las manos.

La Tierra era un inmenso campo de batalla.

Los verdes y azules luchaban contra los blancos. Éstos, sobre los cuales resplandecía una espada de fuego, parece que iban a sucumbir.

No todos sabían por cuál causa combatían.

La Iglesia era de color sangriento como la vestimenta del arcángel.

Escuché que me decían: “Habrá un bautismo de sangre. La Iglesia será purificada en la sangre del martirio y la persecución”. Cuanto más duraba el combate, más se borraba el color rojo vivo de la Iglesia y se hizo más transparente.

La purificación iba haciendo de ella algo diáfano y puro.

El Ángel bajó y se acercó a los blancos. Éstos ganaron gran coraje sin saber de dónde les venía. El Ángel derrotó a los enemigos que huyeron en todas las direcciones. La espada de fuego que estaba sobre los blancos desapareció.

Era una especie de acción diabólica, de maldad, una cosa así que oprimía a los blancos.

En medio de los combates, aumentó el número de los blancos. Grupos de opositores se pasaban a ellos. Y en una ocasión fueron en grandes cantidades.

En el campo de batalla había, en el espacio, legiones de santos que hacían señales con sus manos, diferentes las unas de las otras, pero animados del mismo espíritu.

Son señales que exhortaban como diciendo: “¡Adelante, avanzad, no desaniméis, atacad!”, mientras los buenos luchan bajo ese aliento que el



Flávio Lourenço

San Miguel
Arcángel
Iglesia de San
Miguel, Gante,
Bélgica



Flávio Lourenço



El Arcángel San Miguel derrota al demonio
Museo Lázaro Galdiano, Madrid, España

cielo les proporciona. Es, por lo tanto, como si todo el cielo se abriese para los buenos, y acababan venciendo a los malos con la implantación del Reino de María.

Sentido de bienaventuranza

También tenemos una ficha de Don Guéranger sobre la vocación contemplativa de los Ángeles:

Así, la Iglesia considera a San Miguel como el mediador de su oración litúrgica. Él se mantiene entre la humanidad y la divinidad. Dios que distribuye con un orden admirable las jerarquías visibles e invisibles, emplea con opulencia para alabar su gloria, el ministerio de estos espíritus celestiales, que contemplan sin cesar el rostro adorable del Padre y que saben mejor que los hombres, adorar y contemplar

Carl Ludwig Hofmeister (CC3.0)

La Iglesia de la Tierra también invita a los



la belleza de sus perfecciones infinitas.

Mi-Ka-El: ¿quién como Dios? Este nombre expresa por sí solo, en su brevedad, la alabanza más completa, la adoración más perfecta, el reconocimiento más completo de la trascendencia divina y la confesión más humilde de la nada de la criatura.

Modelo, por tanto, de humildad. Porque quien exclama que nadie es como Dios, afirma que no es nada. Y ésta es la humildad perfecta.

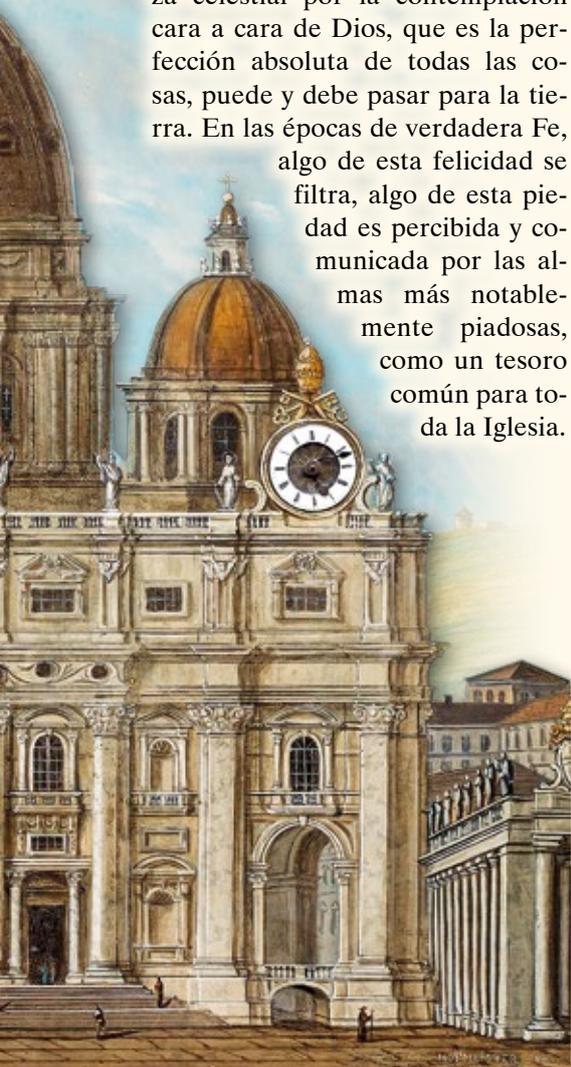
La forma de humildad propia del caballero es ésta: Dios es todo y todos somos nada. Ahora vamos a conversar a partir de este tópico.

espíritus celestiales a bendecir al Señor, cantarle, alabarlo y bendecirlo sin cesar. Esta vocación contemplativa de los Ángeles es el modelo de la nuestra, como nos hace recordar el hermoso prefacio del Sacramentario de San León: “Es verdaderamente digno darte gracias a ti, que nos enseñas por tu Apóstol que nuestra vida está dirigida al Cielo; que con benevolencia quieres que nos transportemos en espíritu al lugar donde sirven éstos que veneramos, especialmente para dirigirnos hacia esas alturas en la fiesta del Bienaventurado Miguel Arcángel”.

Aquí hay un aspecto de la devoción a los Ángeles que es

necesario notar muy bien. Los Ángeles son habitantes de la corte celestial, donde viven en la contemplación eterna de Dios cara a cara. Y las visiones de todos los grandes místicos nos refieren las fiestas que hay en el Cielo y que son verdaderas solemnidades. No son imágenes o quimeras, sino auténticas fiestas en las que Dios va manifestando sucesivamente sus grandezas y ellos aclaman con nuevos triunfos, que nunca terminan.

Hay una felicidad celestial, un sentir que es la patria de nuestra alma y, propiamente, el orden de las cosas para las que fuimos creados, que corresponde plenamente a todas nuestras aspiraciones. Algo de esta sensación de la bienaventuranza celestial por la contemplación cara a cara de Dios, que es la perfección absoluta de todas las cosas, puede y debe pasar para la tierra. En las épocas de verdadera Fe, algo de esta felicidad se filtra, algo de esta piedad es percibida y comunicada por las almas más notablemente piadosas, como un tesoro común para toda la Iglesia.



Deseo de las cosas celestiales

Esto es lo que tanto hace falta en estos días, de manera que no se tiene idea de la felicidad celestial. Y sin esta idea no hay apetencia del cielo y las personas se revuelven en la pura apetencia de los bienes terrestres. Pero si pudieran comprender por un instante lo que es un consuelo, una gracia del Espíritu Santo, ese tipo de felicidad que la consideración de los bienes celestiales comunica, entonces comenzaría el desapego de los bienes de la tierra, vendría una comprensión de cómo todo es transitorio, que hay valores que están por encima de las cosas terrenas, y que hacen que toda la tierra sea solo como un poco de polvo.

Eso es exactamente lo que los santos Ángeles pueden obtenernos, ellos están inundados de esta felicidad, la cual de vez en cuando se comunica de esta forma a los santos. Hay un modo de fenómeno místico que se manifiesta como un concierto muy lejano, de una maravillosa y extraterrena armonía. Santa Teresita del Niño Jesús tuvo esto e incluso lo menciona en la *Historia de un Alma*. Es un poco del canto eterno de los Ángeles, que llega por esta forma a los oídos de los hombres para darles la apetencia de las cosas del Cielo.

En nuestro tiempo esta apetencia falta brutalmente. Las personas sólo se interesan y emocionan por las cosas de la tierra, por el dinero, por la politiquería barata, por el espíritu mundano, por la trivialidad de las noticias diarias, pero no se entusiasman con los asuntos elevados, doctrinales y menos aún por las cosas específicamente celestiales.

Pidamos a los Ángeles que nos comuniquen el deseo de las cosas celestiales con las que están inundados. Ésta es una excelente intención para ser presentada en la fiesta de San Miguel Arcángel, junto con la petición de que nos haga sus imitadores y perfectos caballeros de Nuestra Señora en esta tierra. ❖

(Extraído de conferencia del 28/9/1966)

1) Ana Catalina Emmerich (*1774 - †1824), terciaria alemana, beatificada en 2004. Recibió los estigmas de la Pasión y fue favorecida por muchas revelaciones místicas sobre Nuestro Señor Jesucristo, María Santísima y otros temas religiosos.



El Dr. Plinio en 1966

Luis XIV y la respetabilidad

Durante la Revolución Francesa, la turba revolucionaria violó las tumbas de los reyes para robar las riquezas con que estaban sepultados y profanar sus restos mortales. Al abrir el féretro de Luis XIV, su cadáver poseía tal majestad que el populacho retrocedió. La verdadera respetabilidad produce estos dos efectos: la veneración de quien admira y el odio de quien se rebela.

Luis XIV – Museo de Bellas Artes, Tournai, Bélgica

Luis XIV era un hombre inmensamente majestuoso en que se realizaba una mezcla muy feliz de dos nobilísimas dinastías: su madre era Habsburgo y su padre Borbón. Por cierto, dos naciones —Austria y Francia— cuyas cualidades se equilibran mucho.

Elegancia francesa y grandeza española

Es bonito notar que la Historia francesa, después de la Edad Media, se divide en etapas según la influencia que ejercieron sobre Francia los países vecinos. Así, hubo durante el Renacimiento el período de influencia italiana, que marcó todo el arte francés; después tuvimos el período de influencia española, con la penetración de temas españoles en la literatura francesa, fenómeno del cual encontramos una señal muy notable en Corneille¹.



Luis XIII de Francia (Colección Real, Londres, Inglaterra) y Ana de Austria (Museo Staatliche Kunsthalle, Karlsruhe, Alemania), padres de Luis XIV



Luis XIV reunía a la elegancia del francés algo de la solemnidad cadenciosa y majestuosa del español. La coexistencia de la elegancia francesa con cierta grandeza española explica exactamente lo que ese monarca tenía de solar.

Una vez explicitado esto, se siente en Luis XIV cualquier cosa de Felipe II, el rey que de tal manera infundía respeto que, en general, cuando las personas venían a su presencia, tenía que tranquilizarlos diciendo: “Sosegaos”. Creo que eso era dicho con una voz tan majestuosa, que la persona no quedaba mucho más sosegada... Añadan a esa majestad la gracia francesa y comprenderán como de ahí solamente podría salir una verdadera obra maestra: Luis XIV.

Durante la Revolución Francesa, la turba revolucionaria violaba las tumbas de los reyes para robar las riquezas con que estaban sepultados y vengarse de ellos, profanando sus cadáveres y tirándolos a una fosa común, en medio de cal para que fueran consumidos, pues, debido al sistema muy eficaz de embalsamamiento, varios de esos cuerpos se mantenían conservados mucho tiempo.

Al llegar al féretro de Luis XIV, lo abrieron y se encontraron con su cadáver ennegrecido, el cual poseía tal majestad que el populacho, en vez de lanzarse encima como hizo con todos los otros, tuvo un suspense y retrocedió un poco. Por lo tanto, hasta después de muerto el Rey Sol imponía respeto. Recuperados del impacto, los revolucionarios se pusieron furiosos, avanzaron, arrancaron el cuerpo de dentro del cajón y lo lanzaron a la fosa común.

Se podría decir que el respeto infundido por Luis XIV en sus contemporáneos provenía del hecho de que era un monarca absoluto de quien dependía el futuro de muchos, y por eso infundía cierto miedo en aquellos que lo reverenciaban por interés.

Ahora bien, esa turba sabía perfectamente que estaban delante de un cadáver. Había abierto la sepultura y absolutamente no podía esperar, suponer o recelar que un rey muerto fuese capaz de cualquier venganza contra ellos. Por lo tanto, la impresión de respeto provocada por el monarca en esa ocasión no tenía ninguna relación



Felipe II
Museo internacional del Barroco, Puebla, México

Flávio Laurengo

con interés, ambición o temor, y explica mejor la respetabilidad irradiada por él en vida.

Efectos producidos por la verdadera respetabilidad

¿Cuál es esa respetabilidad de un hombre que irradia en torno suyo, de tal manera que hasta los malhechores que van a despedazar su cadáver se detienen un instante y, después, por odio a la respetabilidad, profanan ese cadáver más que todos los otros? De hecho, la verdadera respetabilidad produce estos dos efectos: la veneración de quien admira y el odio de quien se rebela. La propia majestad de Dios causaba sobre los espíritus angélicos ese doble efecto: satanás y los suyos se rebelaron, en cuanto San Miguel y sus Ángeles admiraron.

¿Entonces, que viene a ser esa respetabilidad si, como vimos, se trata de un sentimiento de inferioridad, motivado por el miedo o por la ambición?

Es la irradiación de una superioridad, pero no de una superioridad cualquiera. Precisamente porque ella es irradiada por la persona y no infundida por algo que se sabe respecto de ella.

Tomemos, por ejemplo, a Pasteur. Fue indiscutiblemente un gran sabio, un científico que hizo invenciones geniales de una gran utilidad para el género humano. Cualquier individuo que no tuviera el sentido moral completamente obtuso,



Luis XIV recibe a Mehmet Riza Beg, embajador del Sha Tahmasp II – Palacio de Versalles, Francia

Gabriel K.



château de Versailles (CC3.0)



Luis XIV – Museo de Historia de Francia, Palacio de Versailles, Francia

sabiendo que está tratando con Pasteur, sentiría respeto. Sin embargo, ese respeto vendría de la constatación de sus hechos y no de la irradiación de su personalidad.

Otro ejemplo, el Mariscal Foch. Su figura nunca me pareció radiante de respetabilidad. Si yo lo viera andando de civil en un autobús cualquiera, mi mirada no se detendría ni un minuto, pero si lo reconociera, pensaría: “¡El gran Mariscal Foch, vencedor de la Primera Guerra Mundial!”, y le manifestaría todo el respeto.

Para dar un ejemplo nacional, cito a Santos Dumont. Es innegable que proporcionó un importante avance en la ciencia al inventar el sistema que sirve para guiar los aviones, por lo cual merece un lugar destacado en la consideración mundial. Sin embargo, quien ve su clásica fotografía con aquel sombrero grande, no exclama: “¡Cómo su personalidad irradia superioridad!” Porque no la irradia.

Estos ejemplos corresponden, sin duda, a una respetabilidad auténtica y muy alta, pero infundida por el mérito del sujeto y no irradiada por su personalidad. Por lo tanto, no es una respetabilidad proveniente de todo el hombre, sino de una zona de su alma, de una capacidad. La respetabilidad de Luis XIV, al contrario, venía de su personalidad y se irradiaba en todo su ser.

Analogía con la visión beatífica

Entonces, frente a ese concepto según el cual hay una forma especial de superioridad que se irradia, ¿cuál es esa superioridad?

En cierto sentido, el cuerpo es el símbolo del alma y las propiedades del alma se irradian a través del cuerpo cuan-

do la persona posee ciertos géneros de atributos en un grado muy alto, por donde al ver el aspecto físico de alguien, de alguna manera se discierne el alma y se nota, de modo espiritual, una realidad que está por encima de la realidad física. Así, se percibe la respetabilidad en el alma.

Se trata, pues, de un discernimiento que va más allá de la mirada, y corresponde a un bien de orden espiritual percibido a través de la consideración de aspectos físicos. Mirando la cara de Luis XIV, percibo simbólicamente un bien en su alma, la majestad de un rey en el sentido pleno de la palabra. Así, a través de las apariencias sensibles, aprehendo realidades espirituales que los sentidos no alcanzan, pero que trasparecen en los aspectos físicos. Quien ve el fenómeno espiritual de la apariencia de una cualidad moral en un hombre acaba adquiriendo una idea de lo que es, en sí misma, esa cualidad moral. Pero no es una noción oriunda de una definición; es una idea, por así decir, palpada y sentida. Por más que alguien defina en un diccionario o tratado de moral lo que es esa majestad, no tendría la noción de majestad que se tuvo viendo a Luis XIV y, mediante esas facciones físicas, el alma del Rey Sol.

Palpar así una cosa que es abstracta, lleva a otro paso que conduce a Dios. Porque de Él no podemos decir únicamente que es majestuoso, sino que debemos afirmar que es la Majestad, pues Dios no solamente posee, sino que es en Sí todas las cualidades. De manera que Él no es bueno, sino la Bondad; no es sabio, es la Sabiduría.

Por consiguiente, si mirando a un hombre vi en él la majestad de su alma y, a través de ella, me formé una idea de lo que es la majestad en abstracto, considerada en su modo absoluto, adquiriré algo que tiene cierta analogía con la visión beatífica. De hecho, inclusive sin explicitarlo, en Luis XIV fue visto algo de la majestad de Dios.

Esto nos explica por qué aquellos bandidos retrocedieron cuando vieron el cadáver de Luis XIV. Siempre que un atributo bueno y digno del alma aparece con tanta intensidad, a punto de provocar un pasmo, una sorpresa, un entusiasmo, un enlevo² o un sentimiento de veneración recogido, hay una transparencia de algo de divino. Es



Alberto Santos Dumont

Museu Paulista da USP (CC3.0)

el modo por el cual se llega a conocer a Dios por la cuarta vía indicada por Santo Tomás de Aquino. Alguien podría objetar: “¿Pero, Dr. Plinio, Luis XIV no fue un gran pecador?”

En primer lugar, del pecado a que aluden, él hizo penitencia y pasó sus últimos veinte años como un hombre de vida intachable, ejemplar. Pero no es propiamente lo que viene al caso, pues, así como una piedra o un animal pueden recordar a Dios, por algunos lados el pecador portador de una tradición católica en cuanto tal también puede recordar a Dios. Por ejemplo, un padre que, aunque se encuentre en estado de pecado mortal, trata a su hijo cariñosamente, puede recordar a Dios en cuanto Padre cariñoso. De manera que esa sería una objeción infantil, la cual podemos descartar.

Modalidades de majestad: paternidad e ímpetu para destruir

Concluyo con una consideración respecto de la majestad.

La verdadera majestad, colocada delante de la buena voluntad de quien es menor, se traduce en paternidad y quiere proteger; puesta delante de la resistencia de quien es malo, ella se traduce en un ímpetu para destruir. En tesis, ambas disposiciones se complementan y se explican por un mismo fondo, porque lo propio de la majestad no es ser *gräfina*³, elegante, sino es tener la supereminencia del bien. Quien la posee debe amar todos los grados que esa supereminencia incluye. Consecuentemente, necesita amar todas las más pequeñas y débiles formas de bien que puedan estar exiliadas en un alma, aun cuando ésta tenga muchos defectos, pues, de lo contrario, la majestad se mentiría a sí misma.

Ahora bien, no es la majestad, y sí la iniquidad la que se miente a sí misma. Por lo tanto, notando cualquier pequeña modalidad de bien, debe manifestarse bajo la forma de una afinidad, una adhesión, una homogeneidad y un deseo de ayu-

dar, socorrer, salvar a aquel bien comprometido por las influencias contrarias que existen allí.

En sentido opuesto, la majestad que encuentra una resistencia empedernida y es insultada por amor al orden que representa, ella desea aplastarla. Tenemos así las dos modalidades de majestad.

Vemos eso de modo infinito y paradigmático en Nuestro Señor Jesucristo: infinitamente manso, enseñando que se debe ser manso y humilde de corazón, pero, por otro lado, en algunos episodios de su vida, infundiendo un asombro que dejaba a las personas sin saber qué decir, como aquellos canallas que fueron a agarrarlo y cayeron con la cara en el suelo. Simplemente por la afirmación: “¡Yo soy!”

Era la manifestación de su infinita majestad. ❖

(Extraído de conferencia del 23/3/1973)

- 1) Pierre Corneille (*1606 – +1684). Dramaturgo francés, considerado el fundador de la tragedia (estilo de drama) francesa.
- 2) Del portugués: Elevación o vuelo del alma o del espíritu, admiración, arrobamiento, éxtasis, encanto.
- 3) Del portugués: persona que viviendo en medio del lujo es pretenciosa, vanidosa, esnob, de mal gusto, vulgar, etc.



El beso de Judas – Museo de San Marcos, Florencia, Italia

Luz que brilla en las tinieblas

Según San Alberto Magno, entre los significados del nombre de María está el de ser Aquella que ilumina.

Nuestra Señora es la Virgen Inmaculada, y sólo aquello que no tiene mancha es sumamente luminoso. María Santísima es, por lo tanto, un alma luminosa, sin ninguna forma de pecado. Ella es la Mujer revestida de Sol, que ilumina toda la Iglesia Católica y dio al mundo la única Luz verdadera, Nuestro Señor Jesucristo.

Para nosotros, la Santísima Virgen es una luz en un sentido especial de la palabra, pues es la esperanza y la alegría de nuestra vida, la solución para todos nuestros problemas, el faro que brilla en las tinieblas.

Se comprende por qué la Liturgia saluda a Nuestra Señora de un modo tan poético, invocándola como Estrella del Mar y dulce Madre del Redentor.

(Extraído de conferencia
del 12/09/1966)

Inmaculada Concepción – Museo
Nacional Palacio del Obispo Erazm
Ciolek, Cracovia, Polonia

